

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS. I.

AL DIA

POR LA PRENSA

Los distinguidos periodistas señores Moya, Burell y Ortega Munnilla, con palabras duras, con tranquila elocuencia, con incontestables argumentos, se han levantado en el Congreso dejando en su lugar los prestigios de la prensa tan injustamente atacados por el hoy presidente del Consejo.

No es fácil, ni probable, que las acusaciones dirigidas á la opinión que la prensa representa, queden en el vacío.

Los que constantemente la reflejamos, los que junto á ella vivimos escuchando sus sollozos y gozando con sus alegrías, tenemos que felicitar efusivamente á los que frente al poder han sabido contener las arrogancias de un dictador de *double*, envalentonado por la fuerza que tras de sí lleva, enorgullecido por el inesperto puesto que ocupa y ciego por los resplandores de su inteligencia que vuelto hacia el mismo en estos momentos le alucinan ó deslumbran impidiéndole ver claro el exterior.

Los «canovescos» arranques del Sr. Maura han quedado muy destrozados después de los discursos de los representantes de la prensa en el Congreso; sus nerviosidades que tanto le han impelido al ataque, deben, razonadamente, ponerle á la defensiva; su erguida figura tiene que hallarse encorvada por el peso de los tremendos cargos con que ha visto castigadas sus incomprensibles valentías.

Seguramente el Sr. Maura, después de la última jornada, piensa, sin conseguirlo, en el descanso, dejando quietos en su inteligencia sus planes dictatoriales.

Su conciencia, más despierta con los recuerdos que han hecho levantar aquellos á quienes creyó dominar con su palabra, también contra él se alzarán con sus incomprensibles y torturantes sacudimientos.

En cambio las de los distinguidos periodistas que tan bien supieron defender los prestigios de la prensa, dormirán tranquilas, con la calma y la satisfacción de los que realizada una buena obra esperan su justa recompensa.

NOTAS DE ELLAS

La guerra á los vestidos largos de las señoras se recrudece ahora con más viveza, amparada por los

higienistas, pues opinan éstos que las colas de los vestidos al levantar el polvo de las calles, agitan infinidad de microbios peligrosos para la salud.

Un concejal de Praga ha propuesto al alcalde dicte un bando prohibiendo á las mujeres el uso de vestidos largos.

En Alemania se propuso igual medida hace dos años, y las damas parisienses se han puesto á temblar... de risa, ante la idea de que el Consejo Municipal adopte, lo que ni en Hungría ni en Alemania dió resultado alguno.

En Colonia se ha creado una Asociación, cuyo fin es la mejora del traje de las mujeres.

Bajo la presidencia del doctor Boas se ha celebrado una sesión á la cual asistió gran número de señoras. El Dr. Zoeliner expuso los inconvenientes que condenan el uso del corsé. Una señora, llamada Clara Samder, hizo observar que la asociación daba gran importancia á la parte estética en el estudio de las mejoras que deben introducirse en el traje femenino.

Un centenar de señoras presentes dieron inmediatamente su adhesión á los estatutos de la Sociedad, y á éstas horas se habrá celebrado la primera exposición con el fin indicado.

CRÓNICA

TODOS LOCOS.

Estamos todos locos ó nos hallamos en situación de estarlo. Se entabla una discusión pequeña, se comentan noticias políticas, se hace crítica de obras y autores, se refieren—por hablar de todo—anécdotas, misceláneas, y al punto, teorías extravagantes salen á la palestra. ¿Nos habremos vuelto locos, me pregunto? ¿Qué fuerza superior habita en nuestros espíritus que nos impele á gesticular como vesánicos cuando discutimos, que nos obliga á apuntar opiniones rarísimas cuando se nos requiere para que exponamos la nuestra?

No me atrevo, mejor dicho, no sé como contestar á esta interrogación. Es un fenómeno que voy observando, es un estudio que me encuentro hecho sin yo tomar parte en él. Puede muy bien ser que la lectura de determinados libros, que el repaso continuado de doctrinas demoleadoras, que la visión de la indiferencia y de la estultez reinantes, obliguen á tornarse locos, á los que pretendan intervenir en algo ó son solicitados para emitir pareceres.

Corre de boca en boca, un refrán que va teniendo apariencias de verosimilitud: «Los niños y los locos dicen

las verdades»; si es esto verdadero, habrá que convenir que los locos actuales, que los desequilibrados que miramos, son los portavoces, los iniciadores de levantadas empresas. De espíritus equilibrados surgen grandiosas concepciones; de antes vulgares, de tontos, sólo la careajada simple, la risa insolente pueda esperarse.

Ojalá que muchos locos que pululan por esta nuestra España, saliesen de sus manicomios; cambiarían de raíz locuras, rarezas de cuerdos inominados; se impediría la realización de desmaes que colocan en situación aciaga los destinos de este país.

Convengamos, pues, en que nos hallamos muchos, locos; pero con locura tan racional que, cuantos conceptos vierten nuestros pensamientos, cuantos ademanes ejecutan nuestros brazos, son lógicos y razonados. Con cuerdos, con inteligencias sutiles y finas, las razas han retrocedido; con cerebros tenidos como anormales, han avanzado las naciones en cultura y en progreso.

Esperemos á ver, si oyendo los alaridos, las protestas de los locos, los *sensatos* huyen y dejan el gobierno del cosmos á los *locos actuales*, que reintegren con sus locuras, todo el terreno perdido en empresas de caballería por inteligencias expertas y calculadoras.

C. Martínez Parra.

RÁPIDA

Cunde la miseria, se propaga la pobreza de modo espantoso: al acto de congregarse en el teatro Real de Madrid, damas de la aristocracia para allegar recursos con los cuales aliviar la miseria que se nota, responde al destino depositando en el arroyo el cuerpo de un harapiento anciano que sucumbe víctima del hambre. Humanitaria sociedad del siglo XX que ve imposible el calvario de la indigencia! Caridad, religión, amor al semejante! palabras vanas, frases incoloras en los labios de la generación actual! Ese grñapo social tendido en la calle, ofrenda destinada á la muerte, es el espejo de la decadencia actual: harapos, miseria arriba, por más que se engalane con frívolos afeites; harapos, miseria abajo, volcados en el suelo, sirviendo de muestra del misantropismo imperante.

GÉRMENES

Dir al público un nuevo libro de versos y cuentos, teniendo presente la escasa afición que, por nuestra desgracia, hay en España á la lectura, significa el conocimiento que de sí

mismo ha de tener el autor, y la seguridad de su éxito.

Pedro Jara Carrillo, el poeta que en Murcia ha llegado á adquirir en menos tiempo mayor personalidad, ha puesto á la venta su nuevo libro «Gérmenes» en el que ha recopilado muchos de sus mejores cuentos y bastantes de sus más inspiradas poesías.

En la «Canción del río» y el soneto «La ruceta» conocida la primera por haber sido premiada en los últimos Juegos Florales de ésta, muestra Jara Carrillo sus lirismos de antes y la evolución de su modo de hacer de ahora ricos unos y otros de inspiración y correctísimos en la forma.

«Gérmenes» será leído seguramente, por todos los amantes de la literatura, y su joven autor conseguirá el triunfo que persigue y que no á todos les está reservado.

CUENTOS POPULARES

EL GORRO DE PELUSILLA

—¡Pobrecito! ¿Qué traes que tienes la cara hinchada y hasta me parece que una oreja mas larga que la otra? ¿Qué perrá han jecho contigo?

—Verasté, mare: ayer me levanté al ruido de las cornetas y las voces de «á formar» de los cabos, y muy aprieta pa que no me alcanzara un cinturonzazo, y me encontré que me habían robao el gorro; como era muy temprano, pasó desapercibido, pero aluego teníamos que pasar revista los quintos. La pasaba el comandante.

Se lo dije al cabo, y este al sargento; me alizaron dos ó tres coscorrones y á poco oí: «Compañía, el teniente.»

—¡Firmes!—dijeron—no hay más novía que te falta el gorro al quinto «Pelusilla».

Aluego se repitió la misma faena con el teniente, y con el capitán, y más tarde con el comandante, y yo más abroncao que un prestamista cuando le faltan á una mensualidad.

—¿Dónde ha metido usted el gorro?—me dijo el jefe.

—Señó, me lo han robao.

—¿Con que se lo han robao, eh? ... muy bien... muy bien... ¿Qué le parece á usted?...

Y mire usted como me han puesto.

—Pero algo le contestarías.

Si; cuando me dijo... ¿qué le parece á usted?... yo le dije: «Pues me parece... me parece... que parecéis mujeres, que tó se lo contáis.»

